

4.^a SESIÓN DE PRÓRROGA DEL 20 DE OCTUBRE DE 1899

PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARCO AVELLANEDA

SUMARIO:—Continúa la consideración del dictamen de la comisión de hacienda en el proyecto de ley, en revisión, sobre conversión de la actual emisión fiduciaria de billetes de curso legal.

DIPUTADOS PRESENTES

Alemán, Alvarez, Argerich, Avellaneda (M. M.), Avellaneda (M.), Belderrain, Berduc, Bermejo, Bollini, Bores, Bouquet Roldán, Bruchmann, Cabral, Calderón, Carballido, Carbó, Carlés, Carreras, Coronado, Cortés Funes, Claros, Cullen, Dantas, Daract, Dávalos, Echegaray, Ezquer, Falcón, Ferrari, Fonrouge, Gálvez, García (T.), Garzón, Gigena, Giménez, Godoy (E.), Godoy (M. E.), Gómez (I.), González, Gouchon, Gutiérrez, Hernández, Herrera, Iturralde, Lacavera, Lagos, Lartigau, Leiva, Lescano, Lobos, López García, Loureyro, Luro, Machado, Martínez (M. R.), Massey, Mitre, Morel, Moreno, Obligado, O'Farrell, Outes, Pabelo, Parera (F.), Parera (R.), Paunero, Peña (J.), Peña (V.), Posse, Reyna, Romero, Ruiz, Sáenz, Salas, Sánchez, Sánchez Viamonte, Santa Coloma, Santamarina, Sarmiento, Seguí, Serú, Soldati, Usandivaras, Valenzuela, Varela Ortiz, Vedia, Villanueva, Vivanco, Zavalla.

AUSENTES, CON LICENCIA

Almada, Avellaneda (F. F.), Cantón, Capdevila, Ferrer, Ovejero.

CON AVISO

Barraquero, Benedit, Cabal, Carrasco, Gómez (C. F.), Guastavino, Lacasa, Laferrère, Láinez, Lassaga, Lobet, Olivero, Roberts.

SIN AVISO

Astrada, Balestra, Castellanos, Contte, Gómez (M.), Luque, Martínez (J.), Palacios, Rivas, Serna.

—En Buenos Aires, á 20 de octubre de 1899, reunidos en su sala de sesiones los señores diputados arriba anotados, y presente el señor ministro de hacienda, doctor José M.^a Rosa, el señor presidente declara abierta la sesión, siendo las 3 y 35 p. m.

ACTA

—Se lee y aprueba la de la sesión anterior.

ORDEN DEL DIA

CONVERSIÓN DE LA EMISIÓN FIDUCIARIA

Sr. Presidente—Continúa la discusión pendiente.

Tiene la palabra el señor ministro de hacienda.

Sr. Ministro de Hacienda—Señor presidente: ante todo debo manifestar que confío en que la benevolencia de la honorable cámara me excusará si hago uso de mis apuntes al continuar la exposición, que había comenzado en la sesión anterior, porque no me siento bien de salud y temo que mis fuerzas no me permitan terminar.

Voy á ser muy breve.

Al dejar en la sesión anterior la palabra, señor presidente, manifesté que el

papel moneda emitido por la nación no tiene otro valor que el corriente adquirido como instrumento de cambio. No crea relaciones jurídicas, sino relaciones de carácter económico.

El papel moneda antes de ahora era un billete de banco, esto es, al mismo tiempo de ser un instrumento de cambio contenía una obligación de pagar su importe por el establecimiento de crédito que lo había emitido, con autorización de la nación. La ley de bancos garantidos de 1887 conservó á la moneda este carácter de billete de banco. El valor de este billete se encontraba garantido con valores en poder de la nación.

La crisis financiera que comenzó en 1889, que echó abajo la mayor parte de las instituciones de crédito de la República é hizo desaparecer las garantías establecidas para el papel moneda, ha dado por resultado que la nación se haga cargo de la totalidad de las emisiones. La ley de 1894 al disponer que todos los billetes lleven el mismo rubro, vino á reconocer una situación que ya existía de hecho. Desde el momento que la nación se hizo cargo del papel moneda perdió su carácter jurídico. El billete de banco se ha convertido en papel moneda del Estado.

¿Cuál es el alcance de esta transformación?

El papel moneda no constituye una obligación civil, no crea relaciones de derecho entre el tenedor y el gobierno como persona jurídica, no está sujeto al derecho común, y solamente circula como instrumento de cambio.

No se puede confundir desde luego el papel moneda con los títulos de crédito que emite la nación. Un fondo público es un obligación sujeta á las reglas ordinarias del derecho y que crea relaciones particulares entre el tenedor y el gobierno.

El papel moneda que solamente tiene carácter económico, crea relaciones generales y está íntimamente ligado á la vida del país, de tal modo que sus movimientos se sienten en todo el organismo social. El fondo público es una deuda particular de la nación, al paso que la moneda es una deuda del país al país. Las fluctuaciones de la moneda afectan á todos, al paso que el movimiento de los fondos públicos, sola-

mente interesa á sus tenedores. A la suerte de la moneda están ligados todos los intereses de la nación, lo que no sucede en cuanto á los títulos públicos. La moneda es de la colectividad y no de los tenedores accidentales, y ella ejerce una función pública y de necesidad imperiosa, cual es la circulación. El fondo público es un simple contrato de préstamo. Cuando el gobierno deja de pagar los títulos de renta que emite, hace recaer el daño sobre determinados individuos, esto es, los tenedores, mientras que el perjuicio que resulta de la desvalorización de la moneda lo sufren todos los habitantes, todos los intereses, toda la colectividad. Así, en el primer caso, una deuda particular del estado, que debe ser satisfecha con fondos de todos, con rentas de la nación, se deja de pagar y se hace sufrir á los acreedores particulares; pero en el caso de la moneda todos sufren en proporción, la deuda de todos la soportan todos y no unos cuantos. Es preciso penetrarse bien de estas diferencias profundas para darse cuenta de la ligereza de las objeciones hechas á los proyectos bajo la base errada de la similitud entre el papel moneda de estado y los demás títulos públicos.

El papel moneda, por su carácter económico y público, y siendo una emanación de la soberanía, cae bajo el dominio del estado.

Los poderes conferidos por la constitución al congreso de la nación en cuanto se refiere á la moneda, son amplísimos. Los antecedentes legislativos y judiciales sobre la aplicación de esa facultad constitucional no dejan duda sobre su alcance, como lo ha demostrado el señor miembro informante de la mayoría de la comisión en su elocuente discurso. La necesidad de esa amplitud de facultades resulta del hecho de que muchas veces puede depender de su ejercicio la tranquilidad pública ó la salvación del país de un conflicto, de una crisis ó de una guerra.

El congreso ha ejercido las mencionadas facultades fijando valores al oro, á la plata, al cobre, al níquel, dando poder cancelatorio á los billetes inconvertibles, declarando la inconvertibilidad, etc., y al ejercer estos poderes no ha aplicado el criterio del *jus sum cuique tribuere*, de que nos hablaba el distinguido diputado que me ha precedido

Octubre 20 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

4.ª Sesión de prórroga.

en la palabra, porque en estas materias monetarias, que afectan todos los intereses del país, es imposible hacer nada con tal espíritu: solamente inspirándose en los grandes intereses de la nación y haciendo primar, como corresponde, los intereses públicos á los intereses privados, se pueden decretar emisiones ó dar efectos chancelatorios á la moneda depreciada. Mas en el presente caso no se trata de nada de esto, y en mi concepto se respeta la regla invocada del *jus sum cuique tribuere*.

Siempre he juzgado de estas cuestiones sobre la facultad de intervenir en la moneda, fijación de su valor y los derechos de los tenedores de los billetes, tomando los hechos desnudos, tales cuales han ocurrido, yendo á la realidad, á lo que creo es el fondo de la cuestión monetaria.

A consecuencia de la crisis financiera pasada, los 4 1/2 millones de habitantes de la República, entre los que están repartidos los 300 millones de la emisión, se han encontrado con que los billetes son simples signos, simples vales sin encaje, sin garantía alguna y sin otro valor que el que les da la necesidad ineludible de un instrumento de cambio y la confianza que pueden depositar en el porvenir del país.

Detrás de los 4 1/2 millones de habitantes no hay nadie que responda. Ellos son el país, la nación, el pueblo de la República. Establezco esta identidad de personas morales para fijar bien las ideas, demostrando al mismo tiempo la falta de justicia con que á nombre del país se ha acusado á la nación y á sus poderes de haberse quedado con cien centavos de cada peso de los 300 millones y de pretender cercenar todavía 56 centavos. No hagamos diversas entidades de los diversos nombres de una misma entidad.

Son los 4 1/2 millones de habitantes los únicos deudores y los únicos acreedores de esos vales, que no tienen plazo, ni son exigibles, ni representan un valor real.

Hay quienes pretenden persuadirlos que esos vales son oro, invocando numerosas leyes que han fijado el valor de la moneda y sus garantías cuando eran billetes de banco. Pero ellos no creen tal cosa desde que á nadie pueden reclamar ese oro, y la única parte de donde puede salir es de sus respectivos bolsillos.

A fin de evitar los enormes perjuicios que les trae el movimiento incesante del agio sobre esos vales, se propone fijarles un valor y constituir un encaje para garantizarlos.

Este pensamiento encuentra desde luego la oposición violenta y ruidosa de los agiotistas. No se la considera.

Vienen luego los consumidores, que dicen que fijado el valor de la moneda según su valor real, se impide la baja, que trae la baratura de la vida. Esta oposición no es legítima, porque la baja abarata solamente los artículos importados y este beneficio que reciben los consumidores es más aparente que real: procede de un desequilibrio, que perjudica seriamente á los productores, en cuyo número se encuentran la mayor parte de los consumidores y así resulta que el beneficio que reciben de un lado viene á tornarse en perjuicio del otro.

Lo que abarata la vida es el equilibrio de los valores, la estabilidad de la moneda, porque entonces hay una base sobre la que todos descansan, y se establece naturalmente la relación equitativa de valores entre todas las cosas y servicios, mientras que en el desarreglo monetario en que vivimos, tal relación no es posible, porque los precios de las diversas cosas y servicios tienen todos diversos coeficientes de sensibilidad al movimiento del agio, y entonces, esa relación de valores es imposible mientras no tengan una base sólida y estable sobre la que todos los valores reposen, se nivelen y se relacionen.

Vienen ahora los tenedores de billetes y es necesario considerar su situación.

Los tenedores actuales del papel moneda no pueden extender su derecho más allá del valor corriente y si la nación tuviera disponibles los fondos necesarios para rescatar la moneda al valor nominal, sería para el país la operación más injusta y ruinosa pagar á los tenedores tal valor. ¿Qué título puede tener, por ejemplo, el que acaba de vender sus lanas á 3 \$ oro y que ha recibido 7 \$ papel para que éstos se le conviertan en 7 \$ oro? ¿qué título puede tener el propietario que ha fijado sus arrendamientos con el oro á 300 % para que los alquileres se conviertan en oro? ¿qué título puede tener el empleado, y todo el que presta un servicio cualquiera, cuyo sueldo ú honorario ha sido fijado según el

ambiente económico en que vivimos desde tantos años, para recibir en oro, lo que se ha fijado á papel con alta depreciación? El mismo resultado, la misma injusticia resultará si analizamos el caso de cada uno de los tenedores de papel. Esa operación sería no solo injusta sino también ruinosa para el país, como lo he dicho. Sería ruinosa, porque tendría que hacer un enorme sacrificio para enriquecer á esos tenedores accidentales, á los acaparadores de la moneda en perjuicio de toda la colectividad.

El derecho no está de parte de los actuales tenedores, sino de los que sufrieron perjuicios de las emisiones, de los que sintieron disminuir en sus manos su valor adquisitivo. Estos perjuicios de la desvalorización del papel los han sufrido todos los habitantes, el capitalista como el jornalero, porque para todos se ha encarecido la vida y para todos ha disminuído la capacidad adquisitiva de la moneda. Según las reglas de la justicia, correspondería indemnizar estos perjuicios; pero como son generales y se han venido sufriendo durante los últimos quince años y el papel ha pasado de mano en mano, no hay acreedor particular, desde que son acreedores todos los habitantes que existen y que han existido durante ese lapso de tiempo y son á la vez deudores de tales perjuicios los mismos habitantes. Es, pues, el país el deudor y el acreedor. Si es el país el deudor y el acreedor, no hay que considerar intereses particulares, hay que tomar solamente en cuenta los intereses generales de la nación y preguntar: ¿conviene á la nación postergar indefinidamente el goce de una moneda sana, instrumento poderoso de vida, de expansión y de prosperidad? ¿Conviene marchar de crisis en crisis, de dificultad en dificultad, gastando todas sus energías para encontrarse en la meta de la par con una deuda colosal de 300 millones y con todos sus títulos á papel emitidos á 300 convertidos á oro?

Hay que observar, por otra parte, que casi toda la actual emisión ha sido lanzada cuando el papel estaba depreciado. La primera emisión garantida por la nación fué de 22 millones de la provincia de Buenos Aires, en 1876, cuando el papel tenía una depreciación de 40 %. Las emisiones hechas hasta 1883 montaron á 48 mi-

llones de moneda inconvertible. Solamente hemos tenido moneda convertible durante el año 1884 y parte del 83. Cuando en enero de 1885 se declaró el curso legal de la moneda las emisiones montaban á 58 millones. Desde esa fecha se han emitido más de 253 millones. Resulta entonces, que todas las emisiones han sido de moneda depreciada, á excepción de unos diez millones. Nada justificaría, por lo tanto, obligar á la nación á pagar á la par una moneda que se emitió depreciada, dando así un provecho inmerecido á los tenedores accidentales de los billetes y en perjuicio del país.

La nación, por lo tanto, al fijar un tipo de conversión al papel moneda, según su valor real, ejerce una facultad soberana sin herir legítimos intereses de particulares.

Ahora ¿cuál es el tipo que debe fijarse á la moneda?

El poder ejecutivo al fijar la relación de 44 centavos oro por cada peso nacional ha tenido en vista diversas consideraciones de justicia y equidad.

Se ha preocupado desde luego de consultar todos los intereses que están ligados á la moneda, los intereses de la gran masa de obligaciones vigentes contraídas durante los años pasados, los intereses de las nuevas obligaciones á oro y á papel, los de las empresas existentes, de los tenedores de billetes, de los títulos emitidos por el estado y por los bancos hipotecarios, del comercio y de las industrias.

El tipo ideal sería aquel que conciliase todos los intereses; pero esto es imposible, porque en esta materia los intereses están en contradicción unos con los otros. El interés de los consumidores es opuesto al interés de los productores, el de los acreedores al de los deudores, el de un gremio es contrario á otro gremio, y así.

No se podía tomar como base del tipo de conversión el término medio de las cotizaciones bursátiles durante un largo periodo, como lo hizo la Rusia, porque habiendo sido muy altas las cotizaciones, durante el periodo de tiempo más vinculado con la situación actual, resulta un tipo muy elevado, que vendría á herir grandes intereses creados posteriormente.

A fin de no causar mayores perturbaciones y de contemplar los más legítimos y

valiosos intereses, se ha buscado un tipo de transacción, que se acerque á los precios que han servido de base á las obligaciones vigentes, empresas creadas, negocios pendientes, etc., se ha consultado el interés de los actuales tenedores de billetes, como también las nuevas obligaciones y demás que he mencionado.

Según las tablas de las oscilaciones del metálico, desde octubre de 1890 hasta octubre de 1898, el precio del oro ha subido siempre de 250. Pero desde octubre de 1898 hasta la fecha el término medio ha sido de 229 y el precio mínimo de 203.

Los intereses radicados durante el último año son sin duda de los más importantes y unidos á los de los tenedores del papel moneda y consumidores constituyen una poderosa fuerza en el sentido de un tipo bajo; pero como no pueden sacrificarse las obligaciones antiguas á las nuevas, ni los intereses de los tenedores accidentales del papel á los intereses de la producción y de las industrias del país, se ha juzgado que el tipo elegido importa una transacción entre todos estos intereses.

Es preciso considerar que un tipo más bajo ejercería una influencia deprimente sobre la producción y haría difícil la competencia de productos de la agricultura, especialmente de los granos, sobre todo el maíz, en los mercados extranjeros.

Debe tenerse en cuenta que un tipo más bajo aumenta la circulación monetaria más allá de las necesidades actuales. Si ahora, por ejemplo, se necesitan para la circulación, según el tipo de 227, 130.000.000, con el tipo de 200 se extendería la circulación á 150.000.000. Pero la circulación siempre desecha de sí toda demasía, y entonces esta demasía vendría á hacer que el oro subiese, y la suba del oro mantendría siempre un agio arriba del tipo fijado, lo que alejaría la conversión de ella por la Caja de conversión, y haría insostenible el tipo por un tiempo más ó menos dilatado.

El tipo fijado se sostendrá. Es probable que pase algún tiempo para que permanezca inconvencional; pero todas las fuerzas del país, el desarrollo de la producción y del comercio, el encaje metálico y otros factores conspirarán para mantenerlo en la relación legal.

El tipo debe ser permanente, definitivo.

Un tipo gradual descendente es imposible --es una utopía.

Al fijar un tipo se trata de dar una base firme y estable sobre la que reposen todos los intereses económicos, se trata de hacer cesar todas las perturbaciones, todas las incertidumbres, todos los temores, que hoy paralizan la vida del país.

Sobre ese tipo se regularán todos los valores, las obligaciones, las empresas, los salarios, etc., y esta base sobre la que van á descansar todos los intereses del país tiene naturalmente que ser sólida é inconvencional.

Establecer un tipo gradual descendente es decretar el desequilibrio, la paralización de la vida económica, la crisis permanente.

Los que proponen tal tipo gradual se imaginan sin duda que la ley puede de año en año ó de semestre en semestre, hacer bajar pausadamente y á compás el precio de todas las cosas y servicios. Este es el más grave error; los precios de los salarios, de los arrendamientos, de los intereses de los capitales, los artículos de producción nacional, los bienes raíces y muchos otros, es sabido que son por su naturaleza refractarios á los movimientos del oro y que su cambio se opera con lentitud extrema.

¿Qué sucederá entonces á cada baja? Se producirá necesariamente un desequilibrio de valores entre los que son sensibles y los que son refractarios al movimiento del oro y á este desequilibrio se agregará uno nuevo todos los semestres. Tendremos entonces el desequilibrio y el desorden monetario perpetuo.

¿A quiénes se trata de satisfacer con el tipo gradual? Los que seguramente aprovecharán serán los acaparadores de papel.

Tendremos entonces un papel moneda que producirá una renta fija al año, como los títulos ó fondos públicos. Cada semestre ganará de valor y no habrá empleo más lucrativo para los capitales, que conservarlos como moneda y prestarlos. Habrá un doble interés. Será así una enorme contribución impuesta al país en provecho de los tenedores accidentales del papel moneda, que como lo he manifestado, no tienen más derecho que al valor corriente. Los capitales además con tal aliciente, se verán desviados de sus naturales empleos, lo que producirá para-

lización en las esferas del trabajo y del comercio.

Con tal sistema todas las obligaciones vigentes y las que en lo sucesivo se contraigan en la República, irán aumentando de peso en la misma proporción gradual hasta que se conviertan en oro. Es la ruina de los deudores. Se trata de toda la masa de obligaciones, contratos, empresas etc., esto es, de cientos y cientos de millones. Las obligaciones de los gobiernos y municipalidades solamente pasan de trescientos millones de pesos.

¿Quién, por otra parte, querrá voluntariamente contraer una obligación sujeta á ese aumento de valor progresivo? ¿Quién querrá adquirir un inmueble, cuando sabe de antemano que el precio que paga duplicará de valor por sí solo y sin colocación en un decenio é ignora si el inmueble aumentará ó disminuirá de valor? ¿Cómo calcular los negocios ó empresas á largos plazos? El resultado de tal sistema tiene que ser, pues, el desorden monetario, la paralización de la vida económica, la crisis perpetua.

Voy á ocuparme, señor presidente, del encaje metálico.

El encaje metálico está destinado á garantizar la moneda y á asegurar su estabilidad.

Los elementos que concurren á su formación son positivos é importantes. Son indudablemente más positivos y más importantes que los destinados por la ley del 63 á que se refería el señor diputado de la minoría de la comisión, porque entonces solamente se destinó para el objeto de la conversión de la moneda ochocientas leguas de tierra, que debían venderse y que eran entonces de muy difícil venta y las utilidades del Banco de la Provincia, que en total eran de 1.500.000 pesos.

Pero la ley de conversión de la provincia de Buenos Aires, conjuntamente con la ley de la oficina de cambios, que en el fondo ambas son iguales á la ley que está en discusión, produjo, señor presidente, estos efectos: apenas habían pasado ocho años de la ley, cuando el Banco de la Provincia, que tenía un capital de solamente un millón quinientos mil pesos en 1863, cuando se sancionó la ley de conversión recordada, se encontró en el año 72 con que podía convertir toda la moneda y le sobraba 4 millones de pesos oro.

Tal fué el efecto que la ley de conversión y la ley de la oficina de cambio produjeron en la actividad de los negocios, que la provincia de Buenos Aires, que se encontraba en 1863 ahogada con una emisión de trescientos y pico de millones, aumentó su circulación en los ocho años siguientes hasta mil millones más ó menos, lo que demuestra el desarrollo de la actividad en los negocios y los beneficios que trajeron tales leyes.

Continuaré ahora ocupándome del encaje metálico.

Se ha considerado desde luego, que debían entrar á formar naturalmente parte de los fondos destinados á la conversión de los billetes, todos aquellos fondos procedentes de las emisiones.

En este caso se encuentran las utilidades del Banco de la Nación, que producirán más ó menos un millón de pesos oro.

Estos fondos, productos del capital del banco, que procede de una emisión, están por la misma carta del banco destinados especialmente á la redención de la emisión.

Vienen después los fondos que produce la liquidación del Banco Nacional.

He pedido al directorio del banco que me hiciera el cálculo de todo lo que se pudiera obtener en definitiva, castigando los créditos y estableciendo respecto de las propiedades su valor actual.

El banco me ha remitido el cálculo que yo he mandado á la comisión de hacienda y del que resulta que la liquidación del banco dará unos cincuenta y dos millones de pesos más ó menos. Estos fondos también proceden de las emisiones, porque por la misma ley de liquidación están destinados á pagar el importe de la emisión del Banco nacional.

Las cédulas hipotecarias nacionales por valor de 7 millones más ó menos tienen también el mismo origen: han pertenecido al capital del Banco Nacional y están ahora en poder de la nación por rescate de una garantía. Estas cédulas serán negociadas por el Banco hipotecario y su producto entrará á formar parte del fondo de conversión.

Uno de los elementos más importantes de este fondo será el impuesto adicional á la importación, que producirá 4 1/2 millones de pesos anuales. Esto es lo que pro-

Octubre 20 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

4.ª Sesión de prórroga.

ducirá este año, pues durante los ocho primeros meses ha alcanzado á tres millones. Este elemento es uno de los esfuerzos que hace la nación para obtener este gran beneficio de la estabilidad de la moneda.

El producido de la venta del ferrocarril Andino y La Toma, que ascenderá á más desiete millones de pesos oro, es otro ingreso importante y que tendrá el fondo de conversión. El importe de este ferrocarril y la renovación de su material aún se debe en parte y su mejor destino es sin duda el fijado en el proyecto.

Las entradas fijas anuales al fondo de conversión serán de cinco y medio millones de pesos oro, del adicional y de las utilidades del Banco de la nación. El producido de la liquidación del Banco nacional dejará dos millones de pesos oro al año, calculando que la liquidación total dure diez años. Tenemos así una entrada de siete y medio millones al año, fuera de los fondos precedentes de la venta del ferrocarril y de las cédulas hipotecarias.

Los recursos, pues, del fondo de conversión son bien positivos.

Este fondo será bien fecundo en beneficios para el país. Ningún dinero mejor colocado, ni más productivo, tendrá la nación. Prescindo de las utilidades que dejarán los cambios, aplicación especial de los fondos del encaje, y de los beneficios que reportará el comercio y la industria con cambios ofrecidos en condiciones equitativas, como prescindo también de la influencia poderosa que tendrá una gran masa de oro, movida por los cambios, para producir el equilibrio en caso de crisis ó dificultades monetarias en el mercado, y también para mantener la estabilidad en la moneda. El fondo de conversión servirá desde luego para asegurar la estabilidad de la moneda, ¿y qué mayor beneficio puede obtener el país, que el de una moneda fija, que, dando una base sólida y segura á todas las transacciones á y todas las evaluaciones, á todos los negocios, propenda poderosamente al desarrollo de los recursos del país, haciendo cesar esta incertidumbre que hoy todo lo paraliza? ¿Cuántos sacrificios no han hecho todos los países que han tenido el infortunio que hoy nos aflige, para llegar á ese resultado de librarse del papel moneda?

Como recordaba el miembro informante

de la mayoría de la comisión, vemos que casi todas las naciones que tuvieron la desgracia de caer en el papel moneda por causa de guerra, de conflictos ó de crisis, apenas mejoran de situación, hacen todos sus esfuerzos por expulsar este mal.

El ejemplo que nos ofrece la Italia y el Austria en estos últimos tiempos, como igualmente la Francia y la Rusia, acumulando fondos, haciendo enormes empréstitos, imponiéndose una conducta de abstención y de economía, nos muestra la importancia capital que estas naciones han atribuido al hecho de volver á la normalidad y á la fijeza de la moneda para la prosperidad nacional y el desarrollo de la riqueza pública.

Este fondo de conversión nos dará también crédito, al que tanto le debemos y del que tanto necesitamos. El fondo de conversión será también un poderoso elemento de seguridad nacional; valdrá, exteriormente, como un ejército perfectamente armado y equipado. Las naciones para preservarse de la guerra tratan de tener el elemento principal, el dinero, y hoy día casi todas las grandes naciones tienen un tesoro de guerra. Un tesoro es hoy una de las condiciones esenciales del poder de un Estado.

Creo que si nosotros hubiéramos tenido esos 80 millones de pesos oro que hemos gastado durante los últimos diez años en equipos, armamentos, movilización de tropas, es probable que no hubiéramos tenido que gastar tanto y quizás muy poco. El fondo de conversión servirá también como un ejemplo de perseverancia y de economía, y un ejemplo de esta clase cuando viene de los poderes públicos se refleja y penetra en el pueblo. Será pues un ejemplo provechoso.

No entro á otros detalles, señor presidente, respecto de los proyectos y doy aquí por terminada mi exposición (*¡Muy bien!*)

Sr. Cabral—Pido la palabra.

Me voy á permitir dar las razones de mi voto en contra de este proyecto, porque me parece, señor presidente, que no es la oportunidad todavía de tratarlo y de llegar á una solución definitiva de esta cuestión, á pesar de la discusión brillante que se ha hecho de ella, tanto en el parlamento como en la prensa misma.

Me parece, señor presidente, que el proyecto no ha sido encarado sino bajo una faz, lo que es indudablemente fácil hacer, porque todos estamos completamente de acuerdo sobre el fondo del asunto, ó sea sobre la necesidad de sanear la moneda, contra lo cual nadie, absolutamente, puede opinar en contra.

Pero falta considerar, señor presidente, si la sanción de estos proyectos, con el tipo que en ellos se fija, producirá un beneficio duradero, tanto á la agricultura como á la ganadería, y si mantendrá el equilibrio entre la producción y el consumo.

Yo he dicho, señor presidente, que no considero oportuno un voto definitivo sobre estos proyectos, por algunas consideraciones que voy á dar sintéticamente á la honorable cámara, valiéndome de estudios comparativos que se han hecho ya en la prensa y en algunos libros; pero que no se han presentado aquí.

Todos creían, señor presidente, y en mi modesta opinión, lo mismo, que al tratarse de esta cuestión, tanto el poder ejecutivo como el ilustrado senador que los ha patrocinado ante el senado, nos hubieran presentado un estudio lo más acabado posible de la situación económica y financiera del país, porque era necesario que el gobierno y las personas autorizadas, las personas que dirigen generalmente grandes masas populares, dijeran la verdad en cuanto fuera posible y buscaran también los medios de remediar nuestros males.

En mi concepto no se ha encarado, entonces, esta cuestión bajo todas sus facetas.

Yo voy á encararla bajo una forma en que no se ha hecho todavía, y lo es teniendo en cuenta el alcance que estos proyectos puedan tener tanto respecto del consumidor como del productor.

Para esto, me valdré de cifras.

Hay palabras, señor presidente, que son como hechos y hay hechos que son como palabras. Yo creo que puedo apuntar algunas de las primeras.

Nuestros males, como le consta á todos, provienen de las cosas y de los hombres. No debemos, entonces, nosotros, en el gobierno, aislarnos y traer aquí soluciones como si se tratara de simples proble-

mas abstractos, que se dan por ejemplo en la escuela á resolver para ejercitar el cálculo en los niños.

He dicho que nuestros males provienen de los hombres y de las cosas, y es evidente.

Nuestro sistema federal de por sí es caro, todo el mundo lo sabe; pero estas cosas tienen que subsistir por la fuerza de las mismas. Nosotros tenemos que buscar en lo posible la mayor autonomía de los municipios, como tenemos que buscar la mayor autonomía de las provincias que componen la nación. Por consiguiente, el desembolso que nosotros necesitamos hacer para sostener nuestro régimen político, tiene que ser siempre enorme comparado al de otros estados más civilizados que nosotros; pero que tienen una forma de gobierno que no se parece á la nuestra.

Ahora la cuestión está en saber si nuestra capacidad productora seguirá en orden aritmético por lo menos, como hasta ahora, ó si hemos llegado á un punto en que es necesario detenernos y procurar encauzar la producción.

Palabras muy autorizadas han demostrado ya aquí que no podemos ir más allá. El señor diputado Berduc ha dicho que el país está como un hombre que ha escalado la montaña, que ha llegado á la cumbre jadeante y que no puede proseguir más. Es una figura hermosísima y completamente adecuada. También las revistas económicas han demostrado, por medio de los números, que no podemos producir más, que hemos llegado al límite, á lo menos por el momento; y entonces, si no podemos conseguir riqueza del exterior, es necesario que procuremos en lo posible obtenerla con nuestra producción en el interior.

Es evidente que el período militar ha pasado ya. Termina también el período en que por un artículo de la constitución se libraba aquel combate de gigantes en que estaban de un lado Rawson y del otro Sarmiento: los estados están constituidos, sus constituciones están comentadas, y entonces sólo nos queda resolver la gran cuestión del bienestar social, en sus alcances morales y materiales, de que habla nuestra misma constitución; y estamos precisamente en el momento de la evolu-

Octubre 20 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

4.ª Sesión de prórroga.

ción dolorosa, porque, señor, á los pueblos como á las décadas es perfectamente aplicable la profunda sentencia bíblica aplicada á la mujer: con dolor parirás tus hijos.

Los tiempos, si bien se diferencian unos de otros, como el hijo se diferencia de la madre, sin embargo llevan la herencia. Nosotros somos herederos de la colonia y de aquella multitud de quien dijo intensamente Estrada, que su acción fué necesaria porque abrió la brecha en el muro del coloniaje, para que entrara Rivadavia.

Y bien, señor: nosotros tenemos que adolecer de los defectos de aquellas gentes, como poseemos sus cualidades; nuestros hombres recién están estudiando realmente los números; y es esta la gran diferencia que tenemos con otros pueblos, es esta la gran superioridad que tienen los anglosajones — que son hombres de números — y esto ha sido en mi concepto el mayor factor de la civilización de los árabes que usaron los números llamados arábigos é inventaron el álgebra.

Con esta herencia capital, sufriendo las consecuencias que ya conocemos y que, puede decirse, es historia contemporánea, nos encontramos en un momento en que somos competidores en la producción mundial.

Es evidente que cuando el hombre como la nación se mantiene más ó menos como en un período arcaico, no llama la atención de las gentes; pero cuando, como la República Argentina, llega á exportar centenares de miles de ganados y millones de toneladas de su producción agrícola, llama y llamará siempre la atención de las naciones; y entonces, al ver este rival, hay que mirar cómo lucha y hay que munirse también de los instrumentos y armas necesarias para luchar con él ventajosamente.

Esto es lo que ha pasado entre las naciones más adelantadas del globo y la República Argentina. Nosotros somos en cierto concepto rivales de Francia, Estados Unidos y Alemania, y ahora nos viene la gran competencia de Méjico para el ganado, como tenemos ya la gran competencia de la Australia.

Pues bien, voy á leer unos pequeños datos estadísticos, para que se vea cuál es nuestro estado con relación á estas nacio-

nes rivales nuestras en la producción universal.

1º La República Argentina no puede competir en fletes con Francia, Estados Unidos, Alemania y Méjico.

2º Más de un 50 % del capital ferrocarrilero, bancario y de varios establecimientos industriales emplean sus intereses en Europa.

3º Entre los habitantes de los pueblos civilizados, el que paga más impuesto es el argentino: 15 pesos por cabeza.

En los Estados Unidos se paga 6; en Alemania, 6; en el Brasil, 4 1/2; en Chile, 10; en Méjico, 4; en Rusia, 6; en Italia, 11; en Francia, 8.6 Y respecto á este país voy á hacer una ligera observación, porque en esta cámara, y en nuestra prensa también, se cita con frecuencia que en Francia es donde se paga más impuesto.

Yo creo que es un error, por el hecho de que el monto del presupuesto de Francia se divide por el número de sus habitantes. Pero los habitantes de Francia no son 38 millones sino 81 millones, comprendiendo sus posesiones coloniales, porque saca recursos de ellas y también tiene allí 30.000 y tantos soldados. De modo que, en realidad, en Francia cada habitante paga 8.6 de impuesto y no 18, como se dice en algunas revistas económicas. Y esto es tan evidente que por eso Francia puede todavía competir con varias naciones, no solamente en su ejército de tierra sino también en su marina.

4º El habitante argentino es el que tiene mayor deuda: paga 5.33 \$ oro por cabeza; Italia, 4; Francia, 2.4; Chile, 2; Brasil, 1.5; Méjico, 1; Estados Unidos, 0.50.

5º En líneas férreas, por cada 100 kilómetros cuadrados, estamos igual á Méjico, arriba de Chile, Brasil y Rusia, y abajo de los Estados Unidos, que tienen 5 veces más; Italia, 9; Francia, 12; Alemania, 14.

6º En instrucción pública nuestro estado es inferior al de Francia, Alemania, Estados Unidos é Italia y superior al del Brasil, Chile y Méjico.

7º En hábitos de trabajo y experiencia industrial y comercial es indudable que estamos abajo de Francia, Alemania y Estados Unidos y en ciertos ramos, de Italia.

8º Hay tierra fiscal argentina 1.8, casi dos veces el territorio de Francia; tres veces el de Italia; casi la mitad del de Ale-

mania; Bélgica tiene la misma superficie que Misiones. Pues bien, en Francia, por cada 1000 habitantes hay 224 propietarios; en Italia, 146; en la República Argentina, 103; y de estos 120 por mil son extranjeros y 99 argentinos por mil, de manera que éstos están como extranjeros en su patria.

En 1885 Alemania tenía 5.270.000 propiedades rurales.

Bélgica con la misma superficie de Misiones, 911.000.

Y toda la República Argentina tiene 180.000 propiedades rurales, cultivadas por sus dueños, arrendatarios ó medianeros; y éstos, además, frecuentemente tienen que alquilar los arados y los bueyes.

De estos datos estadísticos se puede perfectamente deducir el contraste. No hay, pues, necesidad de comentarios.

Pero al mismo tiempo que estos datos nos revelan nuestra inferioridad, encontramos, examinando el interior de la República, examinando el desenvolvimiento de nuestra sociabilidad, que tenemos entre gentes que están sometidas á trabajo incierto, clasificadas como personal de fatiga y entre los que no tienen ocupación, más de un millón de habitantes.

La exportación, señor presidente, es lo que en realidad nos salva. Se ha dicho que este país será esencialmente exportador y que en eso consistirá nuestra riqueza. Pues bien: hemos llegado ya, como se ha visto en una revista económica, en un artículo firmado por el señor Lamas, al máximo de producción; y en realidad, calculando por habitante, en la República Argentina se ha exportado por valor de 31 peso oro por habitante, superando á Inglaterra, que ha llegado á 30, á Francia con 25, á los Estados Unidos y Alemania con 17.

Ahora, señor, respecto de esta exportación, en la cual se basa gran parte de los proyectos financieros, se dice que nosotros recibimos más cuanto más alto se cotiza el oro, y sobre esto se hace una observación sencillísima.

Los compradores, señor presidente, traen oro; de manera pues que si aumentamos nuestra producción aumentará la entrada del oro; pero siempre recibiremos naturalmente la misma cantidad en proporción á la misma producción. Tendríamos, por

ejemplo, lo siguiente: Supongamos que para 1900 se tenga la misma producción y la misma importación que en el año 98. En el año 98 se ha importado por valor de 107.400.000 pesos oro. Calculando á 200 serían 214.800.000 papel; con el oro á 227 serían 243.000.000. La exportación ha sido de 133.000.000 que, á 200, serían 266.000.000 y á 227, 304.000.000.

El error que se calla es el siguiente: Se dice que subiendo el oro, subirá el producido de la exportación; pero no se dice que tiene que subir también el valor de la importación, porque es evidente que si nosotros tenemos más billetes nacionales por la exportación, tendremos necesidad también de pagar más billetes nacionales por la importación, puesto que el oro sube.

Y bien; los señores diputados van á oír cuál es la suma fabulosa por la que se quiere establecer lo que se llama la protección á la industria y á la agricultura, desvalorizando el billete.

Calculando en el año 1900 el oro á 227, tanto para la importación como para la exportación, tendremos nosotros aumentado, con relación á estos mismos valores del año 98, lo siguiente: para la exportación 36.133.000 pesos papel; pero, en cambio, la importación nos costaría 28.998.000 pesos papel más; es decir, que la ganancia que va á haber no es sino esta diferencia de 7.236.600 pesos papel.

Ahora, señor, esta ganancia que se dice va á tener la agricultura y la ganadería ¿por qué no se las da en una forma directa, en una forma en que se beneficie el productor y el consumidor?

El problema está en esto, señor presidente, en buscar el equilibrio sin desequilibrarnos; y, en este caso, en que se aumenta el valor del oro desvalorizando el billete, el consumidor tiene menos recursos y, el productor, naturalmente gana mayor interés.

Oportunamente demostraré cómo con la simple supresión de los derechos de exportación estará protegida la agricultura y la ganadería.

Por el momento voy á hacer otra consideración más, respecto á cómo hemos llegado á esta crisis que alarma tanto, y con justa razón, al país.

Es que ha sucedido lo siguiente: en po-

Octubre 20 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

4.ª Sesión de prórroga.

cos años nuestra población, que es en gran parte inferior á la de otros países de Europa,—cinco, diez y veinte veces menos,—ha llegado á producir de una manera alarmante para los países exportadores. Pero esto ha sido debido á estas tres causas: primero, á los ingentes capitales traídos para nuestros trabajos; segundo, porque nuestro suelo es feracísimo; y tercero, porque el salario se ha mantenido siempre en pérdida.

Llamo la atención de los señores diputados respecto á esta situación de nuestra gente trabajadora. Todos los señores diputados que hayan tenido que ver con cualquier establecimiento industrial ó ganadero, ó con una simple casa de comercio, habrán visto que las mensualidades como los salarios actualmente se diferencian muy poco respecto del numerario, pero en el valor hay mayor diferencia.

Un buen obrero en la provincia de Corrientes ganaba una onza de oro; actualmente gana veinte pesos. Un jornalero cualquiera que ganaba de 7 á 8 pesos fuertes, actualmente gana de 8 á 10 pesos moneda nacional.

Hemos llegado al estado de aplicar á nuestro país lo que un industrial bárbaro contestó á un observador cuando le preguntaban, por qué en su establecimiento conservaba tantos miles de obreros, mientras que sus vecinos empleaban varias máquinas.—Porque yo he hecho este cálculo: que las piernas me resultan más baratas que el vapor.

Es cierto que nosotros hemos progresado inmensamente; es cierto que se han formado muchos millonarios,—esto es un justo orgullo,—pero tengamos también presente que el progreso no ha estado en la misma proporción. Tengamos presente también que hay millares de gente que hace muchos años que no son redimidas ni política ni económicamente.

Esta cuestión, que se llama social y de la que se murmura muchas veces cuando se oye hablar de ella, tiene, sin embargo, con una simple objeción, que hacer reflexionar á los más incrédulos. Hay muchos que no creen en los progresos humanos, sobre todo en la rapidez con que vienen; pero téngase presente que ahora tenemos la imprenta, el vapor, la electricidad, que centuplican las fuerzas y puede suceder

en un año lo que antes no sucedía en cien.

Y bien, señor presidente; piénsese simplemente en la evolución humana para que se vea cómo fatalmente tenemos que caer en la cuestión social.

La historia está llena de ejemplos. El prisionero era pasado á cuchillo. La Biblia tiene sus páginas llenas de estos hechos: los hijos de Madian fueron pasados á cuchillo por Josué y los suyos. Pero después se progresa, porque el prisionero se convierte en esclavo, se le conserva la vida. He ahí el constructor que levanta los grandes edificios del conquistador! El esclavo se liberta, progresa al tener su libertad y es el siervo que deja de ser tratado como una bestia, y el siervo llega á ser el proletario, y no estamos lejos de que en el siglo próximo se establezca una pena para los que mantengan los latifundios y que sean castigados todos los que mantengan siervos.

Los gobiernos muchas veces en otros tiempos no se preocupaban de las gentes menesterosas, de aquellas gentes que con sus andrajos despiertan la conmiseración. Ahora, aunque no sea por caridad, por egoísmo propio se destruye la miseria. ¿Por qué? Porque la ciencia nos ha demostrado que allí donde existe la miseria, entran los infinitamente pequeños, que son los infinitamente peligrosos, entran los microbios tanto materiales como morales.

Y bien, nosotros que estamos en el gobierno, tenemos que fijarnos en esta cuestión muy especial: que la intervención no debe ser solamente material, sino también moral. Debemos tener en cuenta que nuestra producción agrícola ha sido siempre extensiva, y esta producción ha sido llamada por los economistas la producción esquilmanante, y es la verdad.

En la mesa de lectura de la cámara de diputados se reciben los Anales de la Sociedad Rural de Entre Ríos. En ellos he leído un artículo escrito con amor al país, con una gran visión del porvenir, y en él he encontrado este dato terrorífico: hay 20.000 jornaleros sin trabajo en Entre Ríos. He hecho, por inducción, hace tres ó cuatro años, un censo de la pobreza de Corrientes, y he encontrado que hay 20.000 familias sin hogar. La prensa diaria da la noticia de la despoblación de las colonias

de Santa Fe. ¿Cómo se producen todas estas cosas cuando nosotros entramos al progreso? ¿Cómo se palpa esta verdadera miseria, cuando se dice que la producción aumenta enormemente, y que estamos muy bien representados en el mercado universal? Y es por esto, por lo que he dicho que hemos llegado á este punto en que el músculo es más barato que el vapor, que hay una clase social que tiene todos los beneficios y hay una gran masa social que participa muy poco de esos beneficios. Este equilibrio es el que necesitamos. Y teniendo en cuenta estos hechos, y teniendo en cuenta la solución de este problema, es que debe presentarse este proyecto de solución monetaria al país.

De manera, entonces, que debemos tener en cuenta si en realidad no empeoramos más la situación, ya gravosa, de la gente actualmente, y si no perjudicamos y obstaculizamos el desenvolvimiento paulatino y al mismo tiempo sin dolor de la evolución argentina con estos proyectos, con esta fijación del tipo. Al fin y al cabo ¿cuál es el que se nos viene á dar aquí, como protector de la agricultura y de la ganadería y como beneficioso al mismo tiempo para el consumidor? Es el mismo tipo que nos ha sido dado por el agio y la especulación.

Estas cotizaciones que se han reducido á un tipo medio ¿por quién han sido dadas? Pues justamente por los que especulan. ¡Y sin embargo se protesta contra el agio y la especulación!

Ahora, señor, yo podría hacer argumentos basados en principios económicos, tomados de los textos; pero no quiero hacerlo, porque yo, en lo posible, no quiero ser un mero repetidor. Podría citar opiniones de Wagner, citado por el miembro informante de la mayoría de la comisión, y que están en completa contradicción con los principios que él ha sostenido; podría entrar también á hacer algunas consideraciones económicas de las que se encuentran en los diversos autores; pero no hay necesidad. Creo que este estudio especial de nuestro país está destinado á los estadígrafos y á nuestros gobiernos. Tenemos hombres competentísimos en estas cuestiones, que no han sido oídos, á lo menos por el público. Estos hombres

son los que deben decirnos no cuál es el tipo medio de la cotización del oro, sino cuál es el tipo medio del consumo alrededor del cual debemos girar para hacer que la moneda esté en consonancia con él.

Se nos ha dicho que todas las transacciones se han hecho alrededor de 250, y que nosotros, al fijar el tipo de 227, ya bajamos bastante; pero al mismo tiempo hay que tener en cuenta que si esas operaciones se han hecho alrededor de 250, todos los precios están arriba de ese tipo. Es verdad que los precios de las cosas no van como por una pendiente despeñándose; pero si no dejamos que el oro baje paulatinamente, no llegaremos de ninguna manera á normalizar el consumo.

Hay que tener en cuenta lo siguiente; y es que en mi concepto, se encara solamente la cuestión bajo la faz de la producción, es decir, beneficiándose siempre al productor; pero obsérvese bien que la producción no nace solamente del productor, sino que nace también del consumidor. Y esta es otra de las explicaciones de por qué en medio de esta exportación grandiosa de la República, existe una gran miseria en el interior: todo el salario ha ido disminuyendo, y á menor salario menor consumo. Por eso yo he dicho que consideraba inoportuno el voto decisivo en esta cuestión, por el hecho de que no se han encarado estos proyectos financieros y económicos bajo todas sus facetas. Si aplazáramos la consideración de estos proyectos para el año próximo, ¿qué perdería el país? Absolutamente nada. Tendríamos cuatro, cinco ó seis meses más para decidirnos, y si se ha querido dar protección á la industria y á la ganadería, ya tiene bastante con las operaciones que se han hecho y con la desgraciada guerra de Sud Africa. Entonces, si se espera para estudiar mejor esta cuestión bajo todas sus facetas y para ver el resultado que tendrán las economías, que se harán sin duda alguna en el presupuesto, creo que la solución sería más eficaz y duradera.

Es verdad que estos proyectos traen un impulso vigoroso—me refiero á lo dicho por el miembro informante de la mayoría en la introducción de su discurso cuando estos proyectos han sido presentados. Ellos han venido como amparados por

Octubre 20 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

4.ª Sesión de prórroga.

la égida del distinguido senador por Buenos Aires.

Este señor senador es actualmente nuestro hombre *cero*. Es la calificación que Castelar dió al general Prim. Este señor senador, vigoroso por su inteligencia y por su carácter, se pone á la derecha del uno y le da el valor de diez; pero se pone á la izquierda del uno y lo reduce á un décimo. (*Risas. Aplausos.*)

Y bien, señor presidente, estos proyectos que no valen más que uno—y valen indudablemente porque motivan estas discusiones—apenas han sido escuchados por este conciudadano ilustre, y ya inmediatamente han tenido un valor, pero un valor tan grande que hasta la modificación de un vocablo ha sido casi una cuestión de estado.

Entonces, señor presidente, ¿por qué no esperar un poco más? ¿Por qué estos hombres que han estudiado ya maduramente la cuestión no la estudiarían de nuevo? No han sido oídas, indudablemente, todas las voces competentes de la República sobre este asunto; esta observación, aunque no ha llegado á ser presentada como una moción de aplazamiento, ya ha sido hecha en el senado por un distinguido senador por Santa Fe. Esperemos, decía; vamos á escuchar todavía; no nos precipitemos.

Y es cierto. ¿Para qué, señor, aumentar nuestro exceso de legislación? El señor diputado de la minoría nos ha presentado una cantidad de leyes, que si bien son halagadoras para nuestro patriotismo, porque siempre estaba allí palpitante el espíritu de honra de todos nuestros gobiernos, al mismo tiempo, señor presidente, se siente una pesadumbre al ver que á pesar de tratarse de una cuestión que debiera recibir una solución definitiva, cada dos años, cada tres ó cuatro años, se repetía, respecto de ella, la misma ley, para no ser cumplida!

¿Por qué, entonces no esperar?

Entre tanto, señor presidente, no se diga que perdemos el tiempo; no se diga que no se hace nada; ni se crea, tampoco, que yo soy un mero destructor ó un espíritu negativo. No señor. Yo creo que está en el ánimo de todo el mundo, la convicción de que puede hacerse mucho de aquí al año que viene, aplazándose por ahora la consideración de este asunto.

Bastan unas simples resoluciones, para

traer un bienestar social y proteger inmediatamente la producción del país.

No economizar mucho, porque la verdad es que no hay que pedir que las cosas marchen á saltos; pero se puede holgadamente hacer una economía de doce millones en el presupuesto.

La comisión ya tiene anotados 10.000.000. Y bien: estos 12.000.000, disminuidos en el presupuesto, pueden ser inmediatamente disminuidos en los impuestos.

Hacer el trabajo paulatinamente; pero siempre bajo una idea ó un principio fijo. Y desde aquí podemos ya empezar á tocar á los mismos impuestos internos, solucionando todas las cuestiones, uniformando todos los pareceres. Por lo pronto podemos suprimir el impuesto á los aceites y á los sombreros, que importa un millón de pesos. Se suprime el impuesto al azúcar, que importa 1.400.000. Se suprime el derecho á la exportación, que son 2.500.000 pesos oro, según el cálculo del señor ministro de hacienda para 1900. Son entonces, reducidos á papel, alrededor de 8.000.000 de pesos y 4.000.000 de pesos más, que pueden perfectamente economizarse, suprimiendo el derecho de importación á todos los materiales que benefician directamente la agricultura y la ganadería, además de ciertos consumos que son necesarios.

Estas son economías que ya se están haciendo, porque según el despacho que he visto presentado por la comisión, muchas de ellas ya están proyectadas.

Entonces, pues, cuando ya se vea un medio año de holgura, que dará indudablemente esto, se notará realmente si es que la ganadería y la agricultura producen este equilibrio ó si es necesario desvalorizar el papel para que estas nuestras industrias madres no decaigan.

Al mismo tiempo que se hacen estas cosas, se pueden hacer estas otras.

¿Por qué no reformar los estatutos del Banco de la nación, como ya se ha dicho muy bien aquí? Yo, señor presidente, que soy de una provincia ganadera, he oído decir constantemente á los hacendados que no puede haber operaciones con esa amortización enorme del 25 por ciento. Con esta simple reforma, que no produce gastos de ninguna clase, sino que es el simple ejercicio de la voluntad ¿por qué

no llevar la protección á los consumidores y á los productores? Y al mismo tiempo ¿por qué no reformar la constitución, para disminuir, por ejemplo, el número de diputados, cuando con ello podría hacerse una economía de 34.000 pesos mensuales? (*Risas. Aplausos.*)

¿Por qué no establecer los puertos francos y los puertos con mayores franquicias, para evitar que el inmigrante salga de las provincias, porque no puede sufrir más el gravamen de nuestros impuestos? ¿Por qué no atraer á la República Argentina la inmigración, disminuyendo de este modo en un veinticinco por ciento ó en un cincuenta por ciento las tarifas de aduana, cuando de esa manera se atrae al hombre, cuando de esa manera se van á poblar esos desiertos patagónicos, que pasarán veinte, treinta, ó cincuenta años sin que se establezca una colonia en ellos?

¿Por qué no sancionar la ley de monte-pío civil, que nos evitará aquellos excesos que yo por primera vez presencié, de aquellas sesiones que no me permitiré calificar, pero que me causaron una sorpresa tal en mi novicia vida parlamentaria, una impresión tan profunda, que yo conservaré como uno de los recuerdos amargos de mi vida, haber presenciado aquellas últimas tristes sesiones en que se daban subvenciones y pensiones á granel sin escuchar siquiera la justicia por que se las daba? (*Muy bien! Aplausos.*)

¿Por qué no sancionar una ley como esa, que al propio tiempo que dé una seguridad al empleado, que al fin y al cabo es un servidor con más ó menos méritos, de la cosa pública, suprima del presupuesto un sueldo, asegurando así, año por año, una economía, y evitando la enormidad que hoy sucede, aunque sea necesario, de que se suprima á un pobre empleado, con veinte años de meritorios servicios, dejándosele inopinadamente en la calle, con su mujer y sus hijos, quizás sin pan por tiempo indefinido?

Y bien ¿por qué no vender, como ya se ha insinuado por la prensa, nuestros barcos y material de guerra, que son por el momento más ó menos inservibles y que en lo futuro no servirán para nada?

¿Por qué entonces no acumular esta cantidad de economías y acumular los pesos de estas ventas, para pagar inmediata-

mente nuestra deuda interna, lo que tendría estas dos faces notables é irreprochables: la primera, que pagando nuestras deudas no tendríamos que pagar el interés de las mismas! Es decir, que economizaríamos y que ganaríamos materialmente, sin contar la gran ganancia moral que resultará que de todo habitante de la República que haya confiado en su gobierno estará hoy y siempre dispuesto, no solamente en los momentos de sacrificio, sino aun para el simple progreso público; dispuesto, digo, á darlo no tan sólo lo que le sobra, sino también hasta economizar sobre su propia vida para llevar el bienestar á sus compatriotas?

¿Qué efecto no producirá en el país si el gobierno derramara, por ejemplo, este valor del ferrocarril andino entre todos sus acreedores?

Si es que hay necesidad de dinero, si es que se quiere proteger á los productores ¿por qué no pagarles lo que se les debe?

¿Qué mayor protección que esa? Porque, indudablemente, la mayor parte de los agricultores y ganaderos pudientes son los que han prestado su dinero al gobierno; no son los pobres jornaleros, los simples empleados los que han hecho el empréstito.

Y bien; al mismo tiempo que se consiguieren todas estas cosas, se irá estudiando mejor la plaza, se irá viendo el resultado que producen los negocios, y se verá si realmente hay necesidad de mantener este tipo ó si es conveniente disminuirlo.

Yo sé muy bien que la necesidad carece de ley; y si se demuestra, después de un estudio prolijo, que en realidad, nuestra crisis no puede resolverse de otra manera, que hay necesidad de quitar el valor que se creía tener nuestro billete, no habría más remedio que hacerlo; pero que se considere la cuestión bajo todas sus fases.

Y marchemos modestamente, acompasadamente, sin precipitarnos. ¿Quién como nosotros tiene la seguridad de su porvenir? ¿Qué más benigno que nuestro clima, propicio para todas las razas de la tierra? ¿Qué más fecundo que nuestro suelo, que da ciento por uno, que la inmigración, que viene, cruzando todas las razas, á formar un tipo perfecto, á formar un tipo en que los hombres pierden sus rencores, en que suavizan sus costumbres, porque el hombre como el diamante se pule consigo mismo?

Octubre 20 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

4.ª Sesión de prórroga.

¿Qué más que nosotros, que tenemos una tradición gloriosa, indudablemente de tiranía también, pero al fin de lucha, en donde si ha estado el mal, inmediatamente ha brotado el germen del bien? ¿Quién más que nosotros, que podemos representar á nuestra patria bajo una imagen gráfica, como una diosa griega, como una Minerva, con un escudo en que ampara todas las razas de la tierra, con sus pies bañados en el mar Atlante, de su cuello colgando todas las flores tropicales, y su cabeza coronada con los astros, con los soles, donde reverbera la simbólica Cruz del Sud, donde se escuchan todos los cantos de los poetas, donde se escucha el himno patrio, donde se escuchan las voces de todas las razas, porque aquí tiene su escuela el italiano, el inglés, el francés, el alemán, donde verdaderamente se ha realizado la más grande comunión de las razas, donde en realidad se ha realizado la más grande libertad de conciencia que registra la historia?

He dicho. (*¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Varela Ortiz—Pido la palabra.

Para saber si la moción que tuve el honor de hacer el otro día ha dejado sin efecto aquella otra sancionada con anterioridad, estableciendo sesiones diarias para ocuparnos de estos asuntos financieros.

Sr. Presidente—No, señor diputado. La cámara debe reunirse todos los días.

Sr. Varela Ortiz—Perfectamente.

Sr. Obligado—Pido la palabra.

Sé que algunos señores diputados van á hacer uso de la palabra, y como la hora es

avanzada, hago moción para que pasemos á cuarto intermedio hasta mañana.

Varios señores diputados—No! No!

Sr. Obligado—Pero los señores diputados que dicen no! votarán en contra, ó, haciendo uso de la palabra, darán los motivos que tienen para oponerse á esta moción. Pero no me pueden impedir que la haga.

Yo la fundo en un hecho evidente, que está al alcance de todos, que no puede desconocerse: que á algunos señores diputados que van á hacer uso de la palabra no se les puede exigir que hablen en condiciones desfavorables. De manera que insisto en mi moción.

Sr. Varela Ortiz—Si alguno de esos señores diputados que desea hablar encontrara que las circunstancias no le favorecen, él mismo pediría el cuarto intermedio. Pero no me explico que estando como están aquí todos los que van á intervenir en el debate, no pidan ellos el cuarto intermedio y se les ofrezca en esta forma.

Sr. Obligado—Se me ha hecho esta manifestación personal. Creo que es mucho exigir á un diputado que desea hablar, que pida él mismo el cuarto intermedio.

Sr. Presidente—Las mociones para pasar á cuarto intermedio ó para levantar la sesión no se discuten.

Se votará la formulada por el señor diputado Obligado.

—Se aprueba, pasando en consecuencia la cámara á cuarto intermedio, siendo las 5 y 20 p. m.